

Una educación sentimental

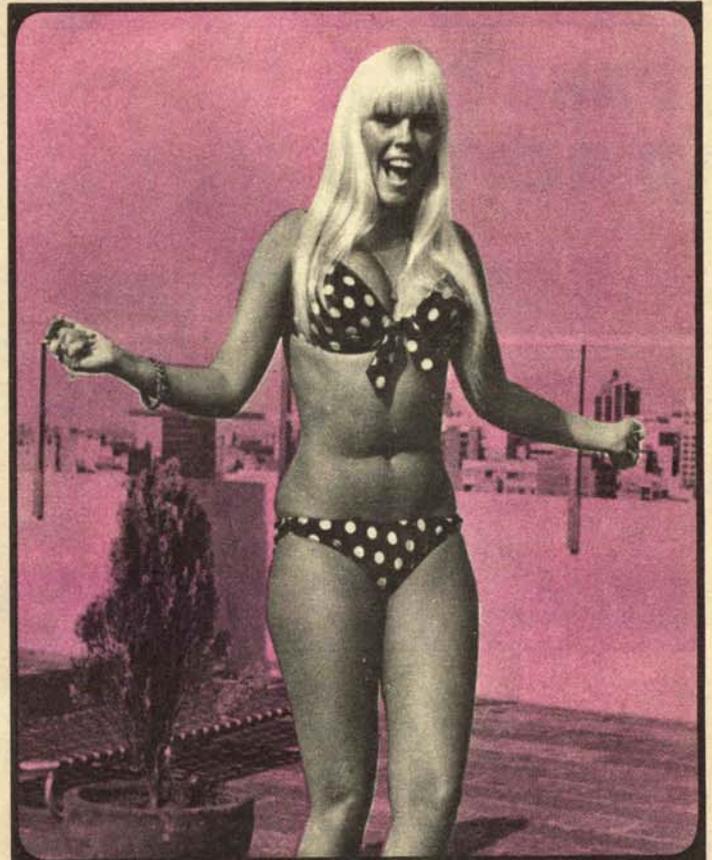
La pequeña María era feliz. Pese a todo, se sentía muy feliz. Gran parte del mérito correspondía a sus padres. ¡Cuántas lágrimas, cuántos sollozos reprimidos! Pero ante su presencia todo eran sonrisas, atenciones y diversiones. ¡Ironía del destino! Ella, la pequeña María, cuya imagen patética había dado la vuelta al mundo, veía a muy escasas personas, leía poquitos libros —todos ellos sin ilustraciones de ningún tipo, desde luego— y desconocía la existencia de la convivencia social, del cine, de la televisión...

María no tenía brazos por culpa de los efectos de una droga tomada por su madre durante el embarazo. ¡Cuántos trucos, cuántos recursos tuvieron que inventar sus padres para que no se diera cuenta de su defecto! Todos los que la visitaban se enfundaban en una especie de jerseys y camisas sin mangas y ella los aceptaba en su condición de seres humanos desprovistos de brazos. Iguales que ella. Ignoraba que su padre llegó a colocar, una noche que dormía, el cañón de un pequeño revólver en su sien. Hay algunos momentos en que nos invade la depresión y la desesperanza. Esto llegó a decir el padre de María a su mujer como toda excusa. Y ella lo aceptó porque también tuvo «in mente» la idea de acabar con la dulce, bella y

tímida María. ¿Cuántos años habría de durar aquella comedia? A decir verdad no duró mucho. Cuando un día supo huir de la vigilancia de sus padres y abandonó la habitación interior, de una sola ventana, que daba a un minúsculo patio sin vista ni rastro de vida alguna, que había sido testigo de su despertar a la vida y descubrió la verdad, no dijo nada... Sus ojos quedaron fijos en aquellos niños que en la calle jugaban saltando a la cuerda. Vio aquellos brazos y aquellas manos que hacían girarla y provocaban —casi— unos círculos en el aire. Y cuando, más tarde, su padre llegó ante ella como siempre, con la sonrisa en la boca y el jersey sin mangas enfundado, no pudo por menos que escupirle a la cara, con unos ojos inyectados en odio. El padre, asombrado, sin saber frenarse ni dominarse, no pudo evitar que su mano derecha, falta de control, propinara una sonora bofetada en el rostro a la niña.

Hasta su muerte, acaecida muchos años más tarde, el desgraciado se atribuyó la total culpabilidad del descubrimiento hecho por su hija. Y la hija, no se sabe a ciencia cierta por qué, tampoco le ofreció el consuelo de decirle un día la verdad...

NEMORINO



POR acostarse Juana hacia el rincón se pegó en la cabeza un coscorrón.

HUYENDO de esto se acostó a la orilla y se cayó del catre, ¡pobrecilla!

Si a esto quieres, lector, poner remedio, cuando te acuestes, échate en el medio.

JUAN PEREZ ZUÑIGA (1881)

NO HAY COMO EL CENTRISMO PARA ENCONTRARSE A UNO MISMO

ADAM PIDIENDO EXPLICACIONES A EVA



PERICH



PERICH

PRECURSOR DE LA AVIACION LAMENTANDO NO SERLO DEL FERROCARRIL

FELIPE II MANDANDO A SUS SOLDADOS A LUCHAR CONTRA LOS ELEMENTOS



PERICH